

PLÁTICA DE IMPOSICIÓN

Venerables hermanos del Sacerdocio;
amadísimas hijas en Nuestro Señor Jesucristo:

La Inmaculada... No podemos distraernos a ninguna otra materia de consideración, meditación y afecto. La Inmaculada nos absorbe, nos envuelve, nos embarga, nos enamora. La Inmaculada; nuestra Madre, nuestro ideal. La Inmaculada; patrona de nuestra Obra; la gran Madre; la visión celestial. Ya lo dijo San Juan en el Apocalipsis: "Una mujer vestida del sol"; un gran símbolo, una extensa figura, una suprema realidad: María: Visión de Juan virgen, y visión de la Alianza virginal. Por eso esta plática no puede tratar de otra materia, tiene que ser de Ella; de Ella en relación a nuestra alma, a nuestra vida, a nuestra Obra y a estas almas que acaban de recibir sus insignias.

Allá, en el Evangelio que cantamos en la Santa Misa de la fiesta de hoy, recordando el misterio de la Encarnación del Verbo Divino en el seno purísimo de María, dice el evangelista estas sublimes palabras: "Et Verbum caro factum est", el Verbo se ha hecho carne, se ha juntado el Verbo a la humanidad; el Hijo de Dios, Dios como el Padre, se ha juntado, se ha hermanado, se ha hecho uno para constituir una sola persona. Este es el gran misterio: que Dios, sin dejar de ser Dios, haya llegado a unirse, a ligar en una sola persona su Santa Humanidad con el barro de Adán. ¡Oh!, este Adán no es como nosotros aun cuando, como nosotros, tiene la misma carne.

La Sagrada Escritura no quiere que se hable tanto de la carne como del espíritu. El hombre se ha hecho alma viviente; es decir, tal es el dominio que tiene el alma que hasta el cuerpo, hasta la carne tomada del barro la ha levantado, la ha sublimado, la ha hecho tan maravillosamente brillar, que en el conjunto no se ve más que la espiritualidad. El Génesis dice "Anima viviente" El hombre es un alma viviente y de tal manera actúa en él la fuerza del espíritu que en el día de la resurrección -dice el apóstol San Pablo- "surge". Se entierra un cuerpo muerto, un cadáver, un trozo de barro que se levantará en la eternidad convertido en espíritu con todas las cualidades, con todos los dones, con todas las propiedades de verdadero espíritu.

El Señor lo ha dicho en su Evangelio "En el cielo todos serán como ángeles de Dios. Pero con el pecado de Eva vino el desorden; el espíritu pierde su dominio y se levantan las pasiones y la carne se corrompe. El castigo del pecado de Adán, a amadísimas mías, no solamente ha llegado al espíritu que ha quedado manchado con el pecado, sino que también ha traído a la carne la corrupción y la muerte. Luego del pecado, cuando ya las generaciones iban cruzándose y derramándose por la tierra, la carne entró por caminos de corrupción, se desvió completamente y aquel primer hombre que más que carne era espíritu, descendió de tal manera que, cayendo de su pedestal, más bien parecía un reptil, una bestia miserable que se arrastra por el lodo.

Y Dios, al ver su alma manchada y su cuerpo corrompido; al ver la obra maestra de su corazón frustrada, ha querido deshacerla y, arrepentido de haberla creado, mandó el Diluvio.

Vuelven nuevas generaciones, vuelven nuevos hombres; pero como no ha desaparecido el pecado, va produciendo su fruto y las nuevas generaciones llevan el sello de la corrupción, y de nuevo el Señor ha tenido que decir "la carne se ha corrompido". El hombre se ha desviado, y de ese desvío ha venido el alejamiento de Dios; ha venido la noche del paganismo que es la corrupción del hombre. En el paganismo no hay más que idolatría, sensualidad, fornicación.

Era necesaria una nueva destrucción. ¿Vendrá un nuevo diluvio? No, Dios Nuestro Señor ha visto que el hombre está corrompido en su fuente, en su origen, en el alma y que aunque borrarse esta generación y viniesen nuevas generaciones volvería otra vez a las mismas inclinaciones. Por eso dejó esto a un lado y vino una nueva creación en la que no entra para nada Adán. Será hija de Adán, vendrá de la sangre de Adán; será hija de Eva; una mujer como las demás, pero no llevará el sello de la condenación, el pecado. He ahí el gran misterio de la creación de María Inmaculada. Una nueva creación, extraordinaria creación, en donde no viene, en la sucesión de los tiempos, el pecado original. María recibirá la plenitud de la gracia. Es como Adán cuando salió de las manos de Dios; más todavía: un prodigio mayor. María es como el triunfo de Dios Nuestro Señor. Sí, lleva el sello de la justificación y de la santidad de Adán, pero en un encumbramiento maravilloso de la plenitud de la gracia. María es verdaderamente santa en cuerpo y en espíritu. María ha recibido una carne inmaculada; ahí no ha entrado la corrupción. Y ¿por qué esto, amadísimas hijas? Porque Dios tenía que hacer la Redención del género humano. Dios, el Verbo, tenía que hacerse hombre y ¿cómo se iba a hermanar con la carne corrompida?... No podía ser.

La santidad del alma de María es superior a la de todas las almas que salen de las manos de Dios, quien la santifica, la eleva, la purifica, la espiritualiza de tal manera, que de nadie podemos decir con mayor propiedad que es "Alma viviente".

María Inmaculada... María Purísima... La carne se ha hecho espíritu, se ha elevado, se ha santificado para que el Verbo tome de esa carne santificada. Supremo misterio, dignación suprema, que Dios descienda a hacerse carne: carne que ha preparado, santificado y purificado y a la que ha unido un alma. La ha elevado cuanto puede elevarse en la vida mortal. Por eso la virginidad de María, su pureza que no solo lamentablemente afecta al alma sino al cuerpo, porque la carne se santifica por medio de la virginidad.

Jesucristo en este misterio de la Encarnación une la divinidad con la virginidad y es como un compuesto de divinidad y de virginidad. ¡La pureza de la carne de María! ¡Qué maravilla! El misterio de la Inmaculada es el misterio de la pureza; misterio sublime, misterio de elevación de la carne santificada por la virginidad, que ha nacido y ha sido concebida sin mancha de pecado original. ¡Oh, amadísimas mías, qué lección, qué verdad, qué misterio de luz para nosotros! Aquí

podemos decir perfectamente las palabras del salmo de David: "El Verbo ha venido al mundo donde ha puesto su tabernáculo, su morada en un sol de hermosura. San Juan ve a esta mujer vestida de sol, convertida en sol de pureza, en sol de blancura, en donde el Señor ha puesto su dulce y digna morada.

¡Oh lección suprema! Amadísimas mías, y ¿Qué es la Alianza?... La Alianza no es más que la continuación en miniatura de esa Inmaculada, con todas las salvedades que vamos a hacer. El Señor quiere seguir encarnándose en el mundo, en el corazón del hombre. Jesucristo quiere nueva humanidad. Se une a la carne no solamente de María, sino a la carne santificada por la gracia. En toda alma que está en gracia Dios pone su tabernáculo. El hombre queda elevado, divinizado; queda como hecho una personalidad con Cristo, no en realidad, sino espiritualmente. Pero para que Cristo encarne en el hombre, hay que levantar la carne, hay que purificar la. Por eso la Alianza pregona esta verdad y trabaja constantemente para que haya almas limpias. El mundo, alejado de Dios, va de noche en noche. Se puede decir que el cristianismo ha perdido su propio sentido. El hombre se ha alejado de Dios y Dios Nuestro Señor se ha alejado del hombre porque ha perdido su dignidad, porque está corrompido. Tiene que triunfar una nueva Inmaculada que le preste un alma pura, una carne pura. Hay que santificar no solamente el alma, sino también el cuerpo. Es preciso que la carne se haga espíritu.

La Alianza tiene la misión de purificar el mundo. María bastó para purificar la sociedad cristiana en los primeros siglos del cristianismo; en el paganismo el triunfo del cristianismo fue por la pureza, por la vida divina y espiritual que es la virginidad. Ahora, amadísimas mías, tenemos el mismo caso. La corrupción del hombre, el desvío del hombre de Dios por la corrupción, es total. Para que Dios vuelva a hermanarse, a unirse, a encarnarse en el género humano, es preciso que la Alianza le preste un tabernáculo para establecer en él su reinado Cristo Nuestro Señor.

PLÁTICA DE IMPOSICIÓN

¡Oh, hermanitas! Cada una de vosotras es una miniatura de María. Su alma y cuerpo virginal es el triunfo de su pureza y virginidad. Tenemos que trabajar cada vez más, pidiendo en la oración constantemente que los hombres, las generaciones, los cristianos, amen la virtud de la pureza.

Dios ama lo mismo que en María, vuestra virginidad de espíritu y de la carne, y por eso tiene su tabernáculo y morada en vosotras. Dios os ama y nos. protege ¿Como si no, en el transcurso de estos veintidós años, a pesar de tantas dificultades, hemos salido adelante?

En esta populosa ciudad en que hay muchísimas almas buenas, no faltarán tampoco la corrupción de las costumbres y, cuántas almas habrán huido de Dios. Pues bien, Madrid la gran ciudad de Madrid que tenga también inmaculadas que le ofrezcan al Señor cielos de pureza para que se encarne en todos los ámbitos, en todas las calles y hasta en los suburbios de esta gran ciudad, centro de España. Que Madrid sea no solamente la sede de la Obra, sino la sede del amor, la sede de la virginidad, que es la senda de la pureza. Que en Madrid ofrezcamos al Señor la carne pura de las vírgenes de Alianza. Esto hay que pedir y por esto tenemos que trabajar. Mi sueño dorado, y para lo que yo vengo a Madrid. No apetezco otra cosa, no quiero otra Alianza más que la Alianza que pensé hace 37 años. Quiero seguir con la misma Alianza, con el mismo ideal que yo tengo y que cada vez veo más claro y me enamora más. No quiero estar en este mundo sino cantando siempre a Dios Nuestro Señor y cantando a la Obra, el triunfo de la pureza.

Amadísimas hermanitas: vosotras iniciadas, las que habéis tomado la medalla y habéis ofrecido hoy vuestra pureza, con ella le ofrecéis vuestra carne pura, vuestro corazón puro y el espíritu sobrenatural, divino. Las que habéis tomado el crucifijo, os entregáis al cultivo de esta virtud, mortificando, crucificando la carne. Eso habéis dicho: crucificar la carne, aspiramos a la pureza... Hay que santificar la carne y para santificarla hay que castigarla, hay que crucificarla y es la única manera de conservarla pura y de dominar las pasiones.

Y por fin, amadísimos hermanos sacerdotes que representáis el sacerdocio de ambos cleros ¡qué encanto! esto me emociona, me conmueve. El clero, el sacerdocio que en la Alianza es el jardinero, el misionero de esta hermosa virtud. Seminador casti consili, hecho verdadero sembrador del casto consejo. Hermanos en el sacerdocio, sigamos la campaña para que haya muchas "Inmaculadas", para que Cristo se encarne de nuevo en el mundo, y encarnado, reine en él, y su reinado, que aquí no será más que el principio, sea la consumación del nuestro en el Cielo. Así sea.

*Antonio Amundarain
Traslado del C. General a Madrid.
Madrid, 8 de diciembre de 1946*